

tido social del sacrificio. Para él, hay en el sacrificio como un doble movimiento, de ascenso y de descenso, de la comunidad a la divinidad (sacralización), de la divinidad a la comunidad (desacralización). Para Mauss, que no reconoce realidad objetiva a lo sagrado, en este sentido social, en esta comunicación productora de cohesión social, reside de verdad el significado del sacrificio. En la imposibilidad de seguir los pormenores de la teoría de Mauss sobre el don, del uso e interpretación que de ella ha hecho Lévi-Strauss, y de la conexión que entre ambos ha establecido Bataille, y que Maldonado sigue ágilmente, quedémonos con una idea-clave: desde las ofrendas más elementales de simientes y frutos hasta la exogamia transcurre un hilo sutil, el de la comunicación progresivamente ensañada que alcanza a la consideración de «un hecho social total»; es decir —comenta Lévi-Strauss—, un hecho dotado de una significa-

ción a la vez social y religiosa, mágica y económica, utilitaria y sentimental, jurídica y moral».

Hasta ahora se diría que distamos aún mucho del múltiple estrechamiento que lo sagrado ha provocado siempre en los seres humanos. ¿Dónde, en todo lo dicho, late esa violencia de lo sagrado que ha suscitado las reflexiones que venimos comentando? Ante todo, en el desdiciamiento dionisiaco: en la tremenda unanimidad con que el hombre primitivo ha intuitido que tenía que matar la representación de lo divino, hacer de ello una víctima para la regeneración de la vida, conjugar con la muerte la supervivencia propia y la de lo suyo, mujeres, frutos, animales; y participar además en esa muerte mediante los banquetes sacrificiales. Luis Maldonado desenchada que alcanza a la consideración de «un hecho social total»; es decir —comenta Lévi-Strauss—, un hecho do-

ticamente convergentes, que la antropología cultural y la fenomenología religiosa han ido entretejiendo, hasta desembocar en la inquietante visión del psicoanálisis: la religión como simbolización y ritualización de las terribles violencias sumidas en el subconsciente, con la consiguiente destrucción de cualquier ilusión sobre un Dios de amor y de redención.

Y así es como nuestro autor nos lleva al encuentro con su inmediato antecesor, R. Girard, y su teoría de lo sagrado como ideograma de la violencia. Porque para Girard, efectivamente, lo sagrado es la violencia misma de los humanos, pero considerada como exterior al hombre. La misión cumplida por la religión consiste en alejar la violencia de la comunidad mediante el rito. Por eso, si la religión cultural se debilita, la violencia reaparece como amenaza: una violencia immanente a la comunidad, que puede convertirse en disgregadora de la íntima cohesión de ésta en la medida en que se debilita la violencia trascendente de lo sagrado.

La brillante excursión intelectual de Luis Maldonado por los aledaños de su especialidad teológica culmina en la consideración de la violencia en el teatro actual y la problemática del erotismo, de la mano de nombres como los de Artaud, Bataille y hasta Sade. Estamos en la mitad exacta de su sugestivo ensayo. A partir del capítulo 10, el lector aprecia algo así como un cambio de clave. A la amplia perspectiva anterior sucede una nueva, rigurosamente teológica y más ardua. Se abandona el hilo de la crueldad, y tal como lo anuncia el subtítulo del libro —«Crueldad versus oblatividad»— emerge un tema nuevo, tal vez tratado con exceso de discontinuidad respecto a lo anterior. No estamos muy seguros de que el común de los lectores vaya a advertir lo que en la pasión de Cristo —en un marco de áspe-

ra ruptura, cuidadosamente subrayada por la reflexión teológica así católica como protestante— late de continuidad cultural y respuesta a la oscura expectativa de una humanidad perseguida por sus fantasmas subconscientes. Personalmente, el desarrollo de aquel impresionante tema de la frase de Caifás: «Es preciso que un hombre muera por todos», nos habría resultado muchísimo más sugestivo que la dilatada contienda entre teólogos católicos y protestantes a propósito de aspectos exclusivamente especulativos. El lector no especializado puede llegar a preguntarse si tanta teología tiene algo que ver con la religión.

Pero de todas maneras, el capítulo titulado «Interpretación política de la muerte de Cristo» cuenta con páginas gráficas de significación y nos conduce a un planteamiento de las últimas cuestiones religiosas que no dejará de servir a quien posea y reconozca en sí mismo un corazón inquieto. La perspectiva de una idea de Dios más allá del teísmo y del ateísmo, de una teología negativa que afirme «lo completamente otro» y no trate de ampararse en ninguna clase de ídolos, es algo que emerge asombrosamente por entre las cavilaciones de tantos profesores, como Luis Maldonado, tal vez un poco abusivamente, nos cita; con lo que la lectura de su estudio compensa cumplidamente del esfuerzo que impone. Ya nos había advertido en el prólogo que se tomaba la libertad de no sacar demasiadas conclusiones. Lo entendía como una forma de respeto y nosotros le quedamos agradecidos. Su libro encierra la posibilidad de una lectura coherente y cristiana de un cúmulo de elementos que, venidos de campos culturales muy dispares, suelen agolparse en la inteligencia actual a la espera de una síntesis que nuestro tiempo no acaba de ofrecernos. ■ FRANCISCO PÉREZ GUTIERREZ.

Isaac Montero: el realismo posible

No ha habido, esa es la verdad, mucha clarividencia en la crítica de la novela española de los últimos veinte años. Los acontecimientos se han precipitado, casi sin solución de continuidad, y hemos repetido hasta la saciedad fórmulas que a nada o a muy poco nos han conducido: la más o menos explícita defunción del realismo del medio siglo, la incondicional adhesión a las posibilidades de imaginación y riqueza verbal que nos descubría la novela hispanoamericana de los últimos años, la insistencia en la mimética utilización de recursos lingüísticos cuya coherencia con nuestra expresión todavía, me parece, está por ver... Todo ello, así, un poco a humo de pajas, sin que se produjeran nuevas luces para el entendimiento del fenómeno. Pero, afortunadamente, el retorno de algunos escritores cuyo silencio se hacía demasiado largo y la continuidad de algunos otros, han sido síntomas de vitalidad que no podemos echar en saco roto.

Isaac Montero es un nombre a tener en cuenta, a pesar de que la intermitencia con que ha ido dándonos su obra lo haya relegado a ese rincón oscuro de los escritores que, a pesar de no tener unas saneadas relaciones públicas, labran con mucho tino y sin las prisas habituales, disponiendo una obra de características muy singulares. Hace dos años, y después de un silencio de seis, publicó Montero dos libros muy importantes: *Los días de amor y muerte de David el Callado* y *Documentos secretos*. En ellos se descubría perfectamente que la intención de nuestro escritor era transitar dos caminos que necesitaban ser explorados con detenimiento: el análisis de una peripecia socio-histórica, y colectiva, por supuesto, vista desde la individualidad de cier-

tos personajes, que aportaban una nueva y sugestiva relación con respecto a esa historia y a esa sociedad, y la experimentación sobre una serie de recursos expresivos característicos de nuestra narrativa, buscando una adecuación lo más completa posible con las condiciones de la historia narrada. Ahora acaba de aparecer *Documentos secretos, 2* (1), que viene a confirmar, yo creo que ventajosamente, lo que allí nos anunciaba.

Decía yo, refiriéndome a la primera entrega de esta obra, que era un intento de definir una determinada actitud vital (= moral), producida por unas determinadas circunstancias históricas, culturales e ideológicas, materializadas en carencias, frustraciones, impotencias, que provocara la posguerra en quienes fueron, consciente o inconscientemente, sus herederos. Pero sobre todo señalaba, y quiero tenerlo presente ahora, que *Documentos secretos* analizaba esas repercusiones en un determinado estamento social, representativo, además, de la continuidad histórica del país en los últimos años y cuya capacidad creadora e imaginativa se ha visto abortada. Cecilio Alvarez Ruiz y Miguel Delgado, en *Documentos secretos, 2*, con sus respectivas circunstancias familiares y sociales, perfectamente delimitadas, son dos ejemplos válidos y significativos de una pequeña burguesía que ha ido encerrándose en el círculo vicioso de la costumbre, que se ha ido acomodando a las exigencias de un vegetal sin más, pero que, en el fondo, sienten la necesidad de dar salida a esas limitaciones y carencias que los han configurado, a través de historias secretas, inconfesables, «tanto o más reveladoras que la descripción de los promedios». El miedo y lo oculto serán su ámbito de acción,

(1) Isaac Montero, *Documentos secretos, 2*. Los Libros De La Frontera. Barcelona, 1974. 293 págs.

